

Doroteo NEGRETE. La verdad ante la figura militar de Don Miguel Negrete. Puebla, "La Enseñanza", 1935. 362 pp. (pp. 89-93).

## 5 DE MAYO.

El día 4 de Mayo de 1862, se ocupó con la tropa el General Negrete, en arreglar los fosos, trabajando sus soldados con las bayonetas, pues carecían de instrumentos de zapa. Para las doce del día estaban aún en tan mal estado éstos, que se podían subir por ellos a caballo; a la oración de la noche, bajó a dar parte al General en Jefe y a recibir sus órdenes; éste le dijo que le confiaba la defensa de los Cerros y que en caso de ser atacado lo reforzaría con otras Brigadas, que al avisarse el enemigo lo anunciara con un tiro de cañón, cuyo acto verificó Negrete personalmente a su tiempo. La primera providencia enérgica por demás que tomó, fué anunciar en la orden del día, que todo el que diera media vuelta en el combate, fuera muerto inmediatamente por el que lo advirtiera.

Mandó llamar el biografiado al mayor General de Ordenes, e hizo la distribución de sus tropas y Jefes, nombrando al Gral. Arratia, Jefe del Cerro de Guadalupe, el Gral. Rojo, que era su segundo en Jefe, Comandante de Loreto; reservándose un cuerpo formado de las Compañías de Tetela, Xochapulco, Zacapoaxtla y Apulco, a las órdenes del Coronel D. Juan N. Méndez y dos batallones de corto número de la Brigada de Morelia, haciendo todos un total de mil quinientos hombres que fueron arengados por él. En una de estas arengas, les decía: "Muchachos, nos vamos a batir con los que se dicen primeros soldados del mundo, pero ustedes deben demostrar que nosotros somos los primeros por el derecho que tenemos en nuestro suelo". La tropa estaba bien dispuesta y entusiasmada, contestaba con ardor ¡Viva México! La acción estaba por darse, la suerte resolvería.

Veamos como narró esta formidable batalla del 5 de Mayo de 1862, en distintos periódicos, el biografiado:

"Al amanecer del día 5 de Mayo, en lo que primeramente me ocupé fué en revisar mi posición y contar mis fuerzas, que quedaban en el centro de las dos posiciones de Guadalupe y Loreto, y ví que eran 800 hombres formando dos pequeños batallanos de Morelia y el batallón de Zacapoaxtla. En el cerro de Guadalupe tres pequeños Batallones; dos

“de Morelia y el segundo batallón de Puebla, formado en su mayor parte de los trabajadores del campo que habíamos tomado de leva en el camino. Total, quinientos y tantos hombres; y en el cerro de Loreto, el sexto batallón de línea, que no llegaba a 200 hombres, con lo cual se completaban escasamente, y por junto, 1500 hombres.—A las siete de la mañana, se presentó el enemigo en la hacienda del Alamo, que dista tres millas de la capital de Puebla. Allí hizo alto poco menos de una hora, emprendiendo en seguida su marcha sobre la plaza. Venían tres columnas paralelas de infantería, trayendo su reserva, en el centro, a otro regimiento con un escuadrón a la derecha y otro a la izquierda de la reserva, y a la cabeza de esta reserva el General en Jefe con su Estado Mayor, y tras la columna de reserva, los carros y mulas de ambulancia.—En este orden, se presentaron a la vista de la garita, y haciendo una marcha por el flanco derecho, vinieron a colocarse en el mismo orden al Norte de los cerros de Loreto y Guadalupe.—Antes de desprenderse las tres columnas sobre los cerros, de la que venían de la izquierda, formada por el Regimiento de Cazadores de Vincennes, se desprendieron dos compañías de vanguardia sobre el flanco izquierdo de nuestras fuerzas, que estaban en la garita, sirviéndoles a su vez de reserva una compañía del 99, cuyo cuerpo formaba la reserva total del ejército invasor.—Estos hombres de Cazadores Vincennes, se posesionaron de una zanja, en donde estuvieron todo el tiempo que duró el combate en los cerros. En el acto que ví desprenderse los tiradores del Regimiento de Zuavos que formaban el centro de la batalla, mandé desprender el Batallón de Zacapoaxtla en guerrillas de tiradores, con sus reservas, con orden a su coronel, el patriota D. Juan N. Méndez, para que me atrajera la columna enemiga al centro de los dos cerros, y que se viniera batiendo en retirada y haciendo fuego, hasta quedar formado a la izquierda de los batallones de Morelia.—El enemigo traía a su derecha el primer Regimiento de Marina; en el centro los zuavos con una gran línea de tiradores, y el resto de Cazadores del Regimiento de Vincennes a la izquierda. En este orden avanzaban dichas tres columnas, protegidas por el fuego de su artillería, que estaba ya muy activo a la sazón sobre la posición de Guadalupe. Este ataque dado por los invasores sobre nuestras posiciones, quedaba completamente oculto a la ciudad de Puebla, al Cuartel General y al resto de nuestras fuerzas.—Mandé a mi ayudante que avisase al General en Jefe, que solamente dos compañías se habían desprendido sobre la garita, y que yo tenía encima todo el ataque de los invasores.—Ya mis guerrillas de Zacapoaxtla, venían en retirada y se me presentaba su jefe, el Coronel don Juan N. Méndez, herido con un balazo en el hombro izquierdo. Mandé que se retirara para que lo curasen, ofreciéndole que en esos momentos lo iba yo a vengar. A la sazón se me presentó el Teniente Coronel don Agustín Lozano, anunciándome que de orden del General en Jefe ponía al General Berriozábal bajo mis órdenes.—Como he dicho antes, se había mandado al General Berriozábal del Cuartel General para ponerse a mis órdenes con

“su columna, la cual era compuesta del Fijo de Veracruz y dos batallones de Toluca, primero y tercero. Al presentármeme dicho señor Berriozábal, me manifestó que lo mandaban a mis órdenes, pero que yo ya sabía que no era soldado, a lo que yo le respondí que bien comprendía que yo sólo era el único responsable de esa posición, y le mandé formar sus tres cuerpos a la derecha de los dos batallones de Morelia y en batalla, pecho a tierra, encargando a dicho General que se ocultaran él y su Estado Mayor en donde no fueran vistos por el enemigo.—Mandé en seguida a mis ayudantes para que dieran órdenes a todos los cuerpos que permanecieran pecho a tierra, comunicando al que se levantara ser castigado severamente por sus oficiales.—Esta misma orden se había dado también a la tropa que estaba en los fuertes, de manera que al replegarse el Batallón de Zacapoaxtla a la izquierda de la línea, echándose pecho a tierra, se quedó el enemigo sin encontrar a su vista fuerza a quien combatir.—Como en la acción de las cumbres de Acultzingo ví el efecto que les hizo el ataque de sorpresa y emboscada, me propuse desde la víspera en la noche, darles con toda la fuerza, y desde los fuertes, un ataque igual.—Así es que al llegar las columnas de Zuavos y de Marina con su gran línea de tiradores al frente, no encontraron a más enemigo que a mí, montado en mi caballo.—Comenzó en el acto toda su ala de tiradores a dispararme sus armas, matándome el caballo en los primeros tiros. Al caer el noble animal a mis pies, volví a montar en el acto en el caballo de mi criado, que se encontraba oculto, recibiendo en seguida otro tiro que se llevó la cabeza de la silla. Por un momento dejaron de tirarme, y el jefe que venía mandando las columnas de ataque del ejército invasor, mandó hacer un cambio de frente sobre su izquierda, para dirigir su asalto sobre el cerro de Guadalupe.—Los tiradores suavos, en el movimiento que iban haciendo, iban indudablemente a dar sobre mi línea; pero aún no acababan de darme el costado las columnas, cuando describiéndome la cabeza con la mano izquierda, y levantando mi derecha con la espada en la mano, grité: ¡EN EL NOMBRE DEL GRAN PODER DE DIOS, ARRIBA SOLDADOS, Y FUEGO!—Al levantarse, los soldados se encontraron con sus enemigos a treinta varas de distancia; éstos, sorprendidos con el fuego que recibían de frente y por los costados, huían desorganizados y arrastrándose por el suelo, siendo la desmoralización tan completa, que el primer Regimiento de Marina nos dejó mas de mil setecientas mochilas tiradas; advirtiéndome que en línea había por parte nuestra, la Brigada Berriozábal, compuesta de tres batallones; total, ochocientos y tantos hombres, y ochocientos en los tres cuerpos, los dos de Morelia y el de Zacapoaxtla; mil setecientos y tantos hombres en combate. El enemigo, mil y tantos Zuavos y dos mil del primer Regimiento de Marina, total, tres mil y tantos hombres.—A la primera rechazada, entusiasmada mi línea de batalla, me gritaba ¡a ellos, mi General!—En el momento en que fueron alcanzados los zuavos, formaron grupos y círculos y se vinieron sobre nosotros. En esos momentos me hacía pedazos una bala

“mi espada; pero en el acto que volaba el puño de ella, se me presentó  
“el Coronel don Feliciano Chavarría y me entregaba la suya, acción que  
“le agradecí muchísimo, porque comenzaba el combate a ponerse muy  
“desfavorable para mis fuerzas, por la reclutada que cometí de permitir  
“avanzar en desórden sobre el enemigo y no avanzar en batalla, como lo  
“debía haber hecho. Al ver que comenzaba a tener muchas bajas, por la  
“ventaja que tenían los enemigos sobre nosotros a la bayoneta, con la  
“misma voz que mandé levantar y romper el fuego, volví a gritar la reti-  
“rada, arrancando a mis soldados de la muerte segura. Volviendo a mi po-  
“sición, hice formar en batalla, y aunque ésta se efectuó sin el orden de  
“cuerpos, por estar confundidos unos con otros, sin embargo, quedó bien  
“organizada, sin separarse un solo soldado de la línea.—Al ser yo avisa-  
“do de la aproximación de la columna, corrí para el fuerte de Guadalu-  
“pe; pero antes de llegar a ese punto me encontré con un ayudante del  
“General en Jefe que conducía el batallón de Reforma de San Luis, que  
“mandaba el General Zaragoza, de auxilio; y poniéndome a la cabeza de  
“dicho batallón, salí al costado izquierdo del fuerte, lugar donde llegué  
“en momentos que atacaban el fortín que ve hacia el Norte y el Ponien-  
“te, y a 15 varas de su costado mandé desplegar en batalla el Batallón  
“de Reforma, mandando también en batalla, a retaguardia, la primera  
“división y al paso veloz sobre la derecha, rompiendo un fuego granea-  
“do sobre el valiente primer Regimiento de Cazadores de Vincennes, po-  
“niéndole en completa dispersión.—Los soldados que defendían esa cor-  
“tina, eran los trabajadores del campo que habíamos tomado de leva en  
“la retirada de Acultzingo. Estos peones, en medio del entusiasmo, ti-  
“raron las armas, y tomando piedras de unos montones que había allí,  
“concluyeron por una granizada de piedras sobre los Cazadores de Vin-  
“cennes. Este hecho me lo hizo advertir el Coronel don Rafael Gravioto,  
“que se encontraba a mi lado; en esos momentos, los dispersos de la co-  
“lumna de Vincennes, huyendo de nuestros fuegos, se desbordaron por el  
“Oriente del cerro, y según lo que me contó un ayudante del General en  
“Jefe, al verlos bajar tiró su cachucha por lo alto el General Zaragoza,  
“gritando: ¡Hemos ganado! ¡Este es el General Negrete! ¡Viva México!  
“—En esos momentos un ayudante mío le anunciaba al General en Jefe  
“el parte del triunfo definitivo, sobre los cerros. Montando dicho Gene-  
“ral inmediatamente a caballo, subió con ellos; yo me encontraba frente a  
“la línea con un anteojo observando la retirada del enemigo, que la ha-  
“cía por la hacienda del Alamo, cuando fuí avisado que el General en Jefe  
“se acercaba. Salí a su encuentro, y le dí un ligero parte de la acción,  
“conduciéndolo al campo de batalla, y al observar a los muertos del ejér-  
“cito enemigo, abriéndome los brazos, me dijo: “General, esto es de gran  
“importancia para nuestra patria; reciba usted mis felicitaciones y este  
“abrazo”; y al abrazarnos, montados sobre nuestros caballos, se nos ro-  
“daron a ambos las lágrimas de entusiasmo.—Después recorrimos todo  
“el campo, y cuando llegamos al foso donde, se había rechazado a los Ca-  
“zadores de Vincennes, allí volvió a tener dicho General en Jefe otro

“momento de entusiasmo. Entre los muertos había varios oficiales, dis-  
“tinguiéndose entre ellos un capitán, que murió casi sentado con el fren-  
“te a la trinchera, lleno su pecho de condecoraciones; en ese lugar vimos  
“que los invasores llegaban a la hacienda del Alamo, retirándose el Ge-  
“neral en Jefe para la ciudad.—Los zuavos, que se creyeron triunfantes  
“por un momento, avanzaban a paso de carga sobre nuestra retirada;  
“pero al ser recibidos por un fuego nutrido de la batería, vinieron mu-  
“chos a morir al pie de nuestros soldados. Ya en esta vez no quise mo-  
“ver mi línea sobre el resto que quedaba de los zuavos, y al cesar el fue-  
“go, mandé descansar armas. Mientras estos combates pasaban, los Ca-  
“zadores de Vincennes avanzaban sobre el fuerte de Guadalupe. A esta  
“columna de Cazadores le servía de guía un joven jalapeño que se lla-  
“maba Carlos Duffó; éste los conducía por las pedreras, haciéndoles des-  
“filas y perdiendo muchas horas en su marcha, por cuya causa llegaron  
“tarde al combate.—Miguel Negrete”.